

¿Qué hacés vos que yo no haga? Pistas sobre la identidad del Educador Social

Marcelo Morales¹

Resumen

Desde hace 20 años ya, existe en Uruguay una carrera para formar profesionales de la educación para desempeñarse en un campo en fuerte crecimiento y diversificación, que otorga el título de Educador/a Social. Cómo definir su especificidad y su campo de actuación es un desafío que no puede resolverse únicamente desde una reflexión académica, desconociendo su viso político y su dimensión práctica. En este sentido, la definición que se asuma de la educación social, influirá en las decisiones sobre la formación de los educadores sociales, y además, estos profesionales son un actor privilegiado a la hora de contribuir a la conceptualización y delimitación del campo. Resulta imprescindible entonces seguir pensando en esta relación entre un profesional y el campo que demanda y da sentido a su función. ¿Cuál es la necesidad social a la que da respuesta este profesional? Desde algunas marcas identitarias, que en nuestro país influyen en el surgimiento y el desarrollo de la formación de los educadores sociales (y por tanto en la construcción del campo de la educación social), intentaremos ir desentrañando la relación entre el campo de las prácticas educativo sociales y la especificidad de un profesional que por definición debe encargarse de esas prácticas. Las demandas hacia los educadores sociales son de variada índole y exigen respuestas complejas. Muchas de ellas toman al Educador Social como alguien capaz de solucionar algo que no funciona o que no se ha podido resolver adecuadamente hasta ahora: ¿hay jóvenes en una plaza y preocupan a los vecinos? Un Educador Social. ¿No quieren volver al sistema educativo formal y nada los motiva? Un Educador Social. ¿En la escuela los recreos son descontrolados? Un educador Social. Y así podríamos ir tomando muchos más ejemplos, hay diversas expectativas de lo que esta nueva figura hace o debería hacer. Entrar en diálogo con estas demandas desde la formación, implica primero que nada reconocer que el Educador Social no puede todo! intentaremos ver qué cosas si puede.

Palabras-clave: Educación Social; Educador Social; Función; Identidad.

What do you do, that I do not do? Clues about the identity of a Social Educator

¹ Profesor de Pedagogía Social en el Consejo de Formación en Educación. Carrera Educador Social, Uruguay. Correo electrónico: marcelomorales.uy@gmail.com

Since twenty years now, it exists in Uruguay a career to form professionals of education to redeem in a well growing and diversified field that grant the title of Social Educator. How to define its specificity and its field of acting it is a challenge that cannot be solved only from an academic reflexion, unknowing its politic veiland practical dimension. In this sense, the assumed definition about social education will influence the decisions about the social educators' formation, and besides, these professionals are a privileged actor at the time of contributing to the conceptualization and delimitation of the field. It is essential then, to follow thinking in this relation between the professional and the field that demands and brings sense to the function. Which is the social need that the professional gives response to? Since some distinctive marcs, that in our country influenced the emergence and the development of the formation of social educators (and therefore in the field's construction of social education), we will try to unravel the relation between the educative practices' field and the specificity of a professional that, by definition, must take over these practices. The demands directed to social educators are from a varied nature and require complex answers. Lots of them take the Social Educator as someone capable of solving something that does not work or that cannot have been solved properly so far: are there teens in squares that worries neighbors? A Social Educator. Does not they want to get back to the formal educative system and nothing moves them? A Social Educator. Are playtimes lawless at schools? A Social Educator. And so on, we could take more and more examples, there are diverse expectations about what this new figure does or should do. To get inside in the dialogue with these demands from the education, implies first of all to recognize that the Social Educator cannot do it all! We will try to see what they do can.

Keywords: Social Education; Social Educator; Function; Identity.

Introducción

Es parte de la naturaleza humana aprender y todos, aún sin proponérselo, hemos enseñado algo a alguien. Esto no significa que *cualquiera sea capaz de enseñar cualquier cosa*
Fernando Savater - *El valor de educar*

Desde hace 20 años, ya existe en Uruguay una carrera para formar profesionales de la educación para desempeñarse en un campo en fuerte crecimiento y diversificación, que otorga el título de Educador/a² Social. Cómo definir su especificidad y su campo de actuación es un desafío que no puede resolverse únicamente desde una reflexión académica, desconociendo su viso político y su dimensión práctica. En este sentido, la definición que se haga o asuma de la educación social, influirá en las decisiones sobre la formación de los educadores sociales, además, estos profesionales son un actor privilegiado a la hora de contribuir a la conceptualización del campo. Resulta imprescindible entonces seguir pensando en esta relación entre un profesional y el campo que da sentido a su función.

¿Cuál es la necesidad social a la que da respuesta este profesional? Desde algunas marcas identitarias, que en nuestro país influyen en el surgimiento y el desarrollo de la formación de los educadores sociales (y por tanto en la construcción del campo de la educación social), intentaremos ir desentrañando esta difícil relación entre el campo de las prácticas educativo sociales y la especificidad de un profesional que por definición debe encargarse de esas prácticas.

Marca de identidad 1: Práctica educativa sobre lo que lo social define como problema.

2 Por razones estrictamente gramaticales y para facilitar la lectura, de aquí en adelante usaremos el género masculino para referirnos tanto a varones como a mujeres.

Esta frase coloca una de las ideas centrales que cruzan el campo de la educación social: la de problema social. Proponemos mirar al problema desde dos perspectivas, una más clásica y que invita a responder: el problema es algo que pasa y no debería pasar. Desde esta idea la educación social intentaría responder educativamente a lo que pasa y no debería pasar en nuestra sociedad, léase, la exclusión, la pobreza, la violencia, etc. La otra posibilidad es tomar el problema como aquello que debería pasar y no pasa, es decir, en términos ideales como entendemos deberían ser las cosas. Desde esta concepción, cualquier práctica educativa con una intencionalidad clara, podría ser considerada educación social. Para decirlo con un ejemplo, la escuela, en su surgimiento daba respuesta a un problema social por un camino educativo: la sociedad necesitaba que sus integrantes dominaran conocimientos específicos (dejaremos de lado en este momento la función disciplinadora que también cumplía y cumple). Por ahora, para continuar nuestro análisis, nos quedaremos con la primera concepción.

Resulta clara la asociación entre educación social y problemas sociales, al referirnos a un ideal social (político en esencia) al que no hemos llegado y resulta fundamental (problemático) avanzar hacia ello. Nuestras sociedades tienen mucho por resolver y se entiende que la educación puede ser un aporte fundamental para ello.

Pasemos en limpio algunos rasgos del educador social a partir de este razonamiento. Debe llevar a cabo prácticas educativas en contextos o con personas en situaciones tan diversas como específicas. Debe comprender estas problemáticas y entender el posible papel que la educación puede cumplir allí inmersa. Esto coloca rápidamente al educador social en dos dilemas, por un lado, definir si la educación puede o no hacer un aporte a la situación en cuestión, es decir, no todo problema (y me atrevería a decir que no demasiados) admiten una respuesta (solución?) educativa. Y por otro, con qué finalidad actuaría un educador social en este marco.

Esta forma de entender la relación entre educador y educación social, tiene el

riesgo de colocar a la educación en una suerte de bucle problema-respuesta, coartando otras dimensiones tan valiosas como posibles. Dicho de otro modo, es a los educadores sociales a los que corresponde colocar sus propios límites y encontrar el aporte que puede hacer la educación social frente a las situaciones que se presentan.

Marca de identidad 2: hay funciones que deberían ser esencialmente educativas y requieren formación específica.

Hay muchas personas que trabajan cumpliendo roles asociados al cuidado, que acompañando los cambios en la mentalidad de la época, comienzan a entenderse y concebirse como esencialmente educativos. Por ejemplo, en los sistemas de protección a la infancia y adolescencia, la figura del cuidador, quien estaba asociado con el cumplimiento de las reglas y la disciplina, es sustituida en la actualidad por la del educador.

Para ser un cuidador, se requerían algunas virtudes (aparentemente innatas) como capacidad de escucha, de poner límites, de acompañar... Y la crianza de los propios hijos se proponía como el lugar para el aprendizaje de estas cuestiones. Ser una buena madre, buen padre, era condición necesaria y suficiente para cumplir con esta tarea.

Algo diferente se requiere cuando el planteo es que los centros de acogida nunca van a parecerse a una familia, que las relaciones que allí se establecen no tienen nada de naturales y que el principal (o uno de los principales) aporte que el adulto tiene allí para hacer es educativo.

Una cosa similar ocurre con roles que si bien se entienden como educativos, no requerían una formación específica. Grupos Scouts, clubes deportivos, grupos de animadores, propuestas religiosas, voluntariado, desarrollan actividades que se entienden educativas o con componentes educativos y que desarrollan históricamente personas que han pasado por la misma experiencia. Se pone en juego, nuevamente, el cambio de mentalidad de época a que aludíamos: la educación, fuera del espacio de la familia, necesita en la actualidad de

profesionales y ya no alcanza con haber vivido la experiencia antes ni con buena voluntad.

Esta condición hace que muchas de las personas que estudian Educación Social, ya sepan a priori a que pretenden dedicarse y sepan además, que es lo que quieren enseñar (o en realidad, que actividades pretenden realizar) ya que se corresponde con una experiencia personal.

Una contracara del reconocimiento social de la profesión es la búsqueda del título y no tanto de la formación. Es decir, gente con mucha experiencia en el campo y que ingresa a la carrera buscando una confirmación de lo que hace y un reconocimiento (en este caso el título) y no una revisión de las prácticas en clave de aprendizaje. La meritocracia, por un lado impulsa a que las personas continúen formando pero por otro, a veces se remite a una mera colección de certificados.

¿Qué es un Educador Social?

Estas marcas dan cuenta de una necesidad social, que no venía siendo cubierta desde el ámbito profesional. Cada una de ellas, con diferente tenor, se infiltra en la formación y la modifica. Las profesiones deben dar respuesta a necesidades sociales, pero esto no implica responder a lo concreto, debe haber una reflexión que permita mediar entre las demandas y la respuesta, entrando en una relación de mutua modificación.

Con los primeros egresados en nuestro país de esta nueva formación se genera un proceso de conocimiento y reconocimiento de esta figura en los ámbitos laborales, profesionales y académicos. La pregunta por la identidad es la que signa este momento: ¿quién sos y qué hacés que yo no haga? Cuando aparece un nuevo profesional, todos los demás se reacomodan y se da una lucha de fuerzas. Mucho se ha transitado desde el surgimiento de la figura, hasta la situación actual.

Hoy es una carrera que integra el sistema que forma también a los profesores y

los maestros. Tiene una alta inscripción lo cual expresa –entre otras cosas- un cierto reconocimiento social. Otra lectura posible es que frente a los problemas que presenta el sistema educativo formal, la educación social se percibe como una opción diferente, alejada de los modelos tradicionales y, otra vez, se deposita en ella la expectativa de ser la solución.

Las demandas hacia los educadores sociales son de variada índole y exigen respuestas complejas. Muchas de ellas están asociadas a las marcas de identidad que mencionábamos al comienzo, o sea, que toman al Educador Social como aquel capaz de solucionar algo que no funciona o que no se ha podido resolver adecuadamente hasta ahora. Volvemos al problema: ¿hay jóvenes en una plaza y preocupan a los vecinos? Un Educador Social. ¿No quieren volver al sistema educativo formal y nada los motiva? Un Educador Social. ¿En la escuela los recreos son descontrolados? Un educador Social. Y así podríamos ir tomando muchos más ejemplos, hay diversas expectativas de lo que esta nueva figura hace o debería hacer. Entrar en diálogo con estas demandas desde la formación, implica primero que nada reconocer que el Educador Social no puede todo! Vamos a ver qué cosas si puede.

Desde la formación hemos venido proponiendo 3 ideas para comenzar a delimitar la figura del Educador Social y dialogar con lo que se espera de él: es un profesional de la educación, ocupado en generar procesos de transmisión adquisición de cultura, con la finalidad de construir igualdad y de generar integración crítica y plena a la sociedad. Vamos a ir por parte en estas afirmaciones.

Es una persona formada para cumplir un rol en la sociedad. Esto implica niveles de racionalidad y reflexión en su práctica, tomando decisiones y generando propuestas desde una lectura crítica de la realidad fundamentada teóricamente. Profesionalidad implica la toma de decisiones en situaciones diversas, que no admiten una mera aplicación de procedimientos predeterminados.

Es un profesional de la educación, lo que marca un campo de acción y ciertos rasgos específicos y compartidos con otros actores de este campo. Una de las características es que no tiene predeterminada una institución para trabajar, forma parte del núcleo de la profesionalidad generar propuestas educativas en instituciones diversas, a veces no concebidas inicialmente como educativas.

Se ocupa en generar procesos de transmisión adquisición de cultura, como todos los profesionales de la educación, pero con una particularidad: no tiene un currículum preestablecido. He aquí otro de los desafíos: su trabajo se desarrolla en instituciones diversas y además, lo que debe enseñar no está fijado de antemano, sino que debe definirlo. La definición de los contenidos forma parte del núcleo de la profesión y es uno de los principales problemas que debe resolver en su práctica.

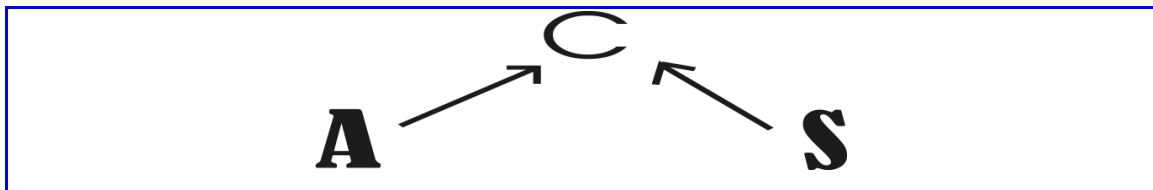
Profesional de la relación educativa

La educación implica que el aprendizaje exista, igual que para que la comunicación exista, debe haber alguien que reciba el mensaje. Una radio encendida sin que nadie la escuche no comunica, al mismo modo que una propuesta educativa que no genere en los sujetos algún aprendizaje, algún movimiento, no es tal, no se ha visto realizada en el motivo que da origen y sentido a su existencia. La transmisión del legado cultural de la época que por derecho nos pertenece a todos, está en el núcleo de la idea de educación, si algo de esa transmisión no ocurre, no estamos frente a un hecho educativo, no estamos frente a educación. Entonces, la educación implica al aprendizaje, al menos como mínimo para que algo de lo educativo ocurra. Si hay aprendizaje, *puede estar pasando* algo del orden de la educación.

¿Puede haber aprendizaje sin educación? Responder esta pregunta resulta difícil de buenas a primeras, porque implica tomar postura en forma más precisa sobre qué idea tenemos de educación. Podríamos tomar una idea de educación tan amplia que prácticamente todo entre en ella. Así sería educación lo que hace un cartel en la calle cuando nos informa de tal o cual cosa, un

guardia de seguridad cuando nos dice que no usemos el celular en un banco, cuando tropiezo en la calle... Desde un concepto así, la respuesta a la pregunta sería si, siempre que hay aprendizaje hay educación. Lo que ocurre es que una definición de educación tan abarcativa no nos ayuda a operar sobre ella, porque si todo es educación y es tan fácil producirla, no pareciera ser necesario dedicar tanto tiempo a pensar sobre ella. Preferimos pensar que en todas las situaciones mencionadas lo que ocurren son aprendizajes y reservar la palabra educación para situaciones mejor delimitadas.

La educación es uno de los derechos humanos fundamentales, la podemos entender como el modo organizado en que las sociedades transmiten su legado cultural, lo hacen accesible a sus miembros, con el objetivo que señala Gramsci (Núñez, 2003, pág. 25): “crear al hombre actual a su época”. Para Herbart (Núñez, 2003, pág. 28), la educación debe plantearse bajo el siguiente esquema:



Agente de la educación, sujeto de la educación mediados por los contenidos de la educación. Herbart, coloca el énfasis de la práctica educativa en los contenidos, que median entre el agente y el sujeto. Una práctica educativa es aquella en la que alguien (el agente) dispone intencionadamente contenidos para que otro (el sujeto) se apropie de ellos. Es en la existencia de contenidos, mediando la relación entre el agente y el sujeto, donde radica la especificidad de lo educativo.

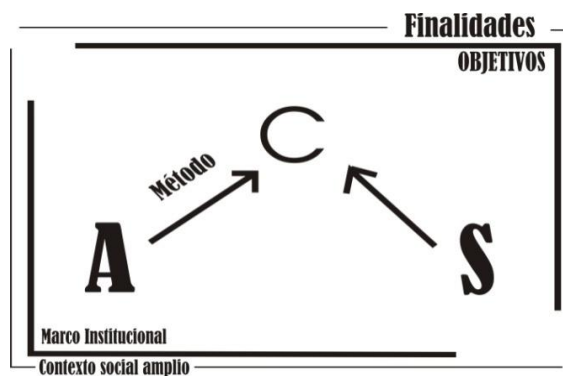
Para Paulo Freire una práctica educativa supone al menos 4 elementos: Sujetos, objetos, objetivos y métodos. (Freire, 1997, pág. 76 y 77)

Sujetos con roles diferenciados: uno que pretende enseñar (y al hacerlo, como es parte de nuestra naturaleza y además se lo propone para mejorar, aprende)

y otro con la intención de aprender. Los objetos son aquellos que se colocan intencionadamente en el espacio educativo por parte del educador, para ser conocidos por los educandos. Los objetivos remiten a un deseo, a una utopía del educador, un *sueño* que es *político* dice Freire. Y los métodos que son los caminos, las estrategias por medio de las cuáles decidimos hacer disponibles al otro los contenidos.

recurriendo ahora a José García Molina (García Molina, 2003, págs. 107-151), proponemos reconstruir el cuadro de acuerdo al modelo que este autor propone para la educación social. Agrega a los 4 elementos de Freire el marco institucional, el contexto –material y/o simbólico- donde ocurren nuestras prácticas. Al educador lo nombra como agente (A), porque entiende que su función no es estrictamente educar, sino lograr que algo de la educación pase, a modo de *agente catalizador*. El sujeto de la educación es aquella persona que consiente ocupar ese lugar, el lugar de aprendiz. En este sentido, la primer tarea del agente y que en el campo de la educación social cobra especial relevancia, es motivar, invitar, seducir al otro para que se convierta en sujeto de una práctica educativa. Pero, ¿qué tenemos para ofrecer? La cultura. La seducción debe ejercerla algo (y no alguien, sino, por medio de alguien), un objeto de la cultura, de nuestras construcciones que como especie hemos logrado. Este algo, elegido, recortado de un sinfín de posibilidades de acuerdo a la lectura que hace el agente de la situación en particular son los contenidos.

El esquema, agregando además el contexto social amplio y las finalidades como marco ético y político general de toda práctica educativa, queda de la siguiente manera:



Desde nuestra postura, una práctica educativa debe contar con todos estos elementos, no alcanza con que ‘algo’ o alguien’ promueva ciertos aprendizajes para considerar esto como una acción educativa. A priori, esta postura parece un tanto reduccionista y seguramente podría dejar fuera fenómenos que los lectores consideran educativos y no estarían contemplados como tales en esta visión. Las definiciones si tienen una utilidad es la de ayudar a ordenar nuestros pensamientos y acciones y no siempre pueden trazar una línea divisoria exacta para demarcar territorios.

La potencia de este modo de pensar en la educación (social) radica en la posibilidad de identificar por parte de quienes pretendemos llevar adelante acciones educativas, algunos elementos centrales sobre los que hay que tomar decisiones conscientes, reflexivas, para que nuestras prácticas sean coherentes con nuestros deseos.

De las marcas que tomábamos al comienzo, se desprende otra característica del Educador Social, que sin duda resulta, ordena y estructura los elementos que venimos desarrollando.

Marca de identidad 3: El Educador Social va a los lugares donde están las personas

Cuál es nuestra idea de sujeto y en particular, de sujeto de la educación será entonces de una relevancia enorme, pues partir de la idea que tengamos es que se estructura nuestra propuesta educativa. Especialmente porque las personas con quienes trabajamos, no siempre han aceptado o están obligadas

a estar con nosotros, es parte de nuestro trabajo hacer que ese encuentro educativo sea posible.

Hablar de sujeto de la educación implica concebirlo como alguien que ocupa un lugar en un momento dado, alguien que acepta situarse en esa relación de tres que nos hablaba Herbart, dispuesto a esforzarse —en alguna medida al menos— por adquirir la selección de la cultura (los contenidos) que se pone a su disposición. Si aceptamos esta forma de entender el ‘lugar’ del sujeto de la educación, resulta interesante pensar en los desafíos que supone a las políticas en general y al educador en particular.

El ‘sujeto de la educación’ es *alguien* aceptando ocupar un *lugar*. Alguien, que además decide ocuparlo porque espera ‘algo’ (¿los contenidos?) de otro. Desde esta lógica, las ofertas educativas ofrecen lugares a ser ocupados por personas que devienen en sujetos de la educación, según su voluntad, por más que nos pese. Vale aquí recordar palabras de Hegel: “...el hombre puede ser sojuzgado; es decir, que su parte física, por lo tanto exterior, puede ser sujeta al poder de otros. Pero la voluntad no puede en sí y por sí, ser violentada” (Núñez, El vínculo educativo, 2003, pág. 23)

Esto coloca al educador preocupado en una postura tan incómoda como inquieta. Incómoda en tanto la educación es un derecho y no podemos quedarnos pasivos frente a su incumplimiento. Incómoda, porque si no logramos convencer al otro para que ocupe el lugar que ofrecemos ese derecho no se concreta. Inquieta, porque implica búsqueda, de nuevas estrategias, de cambios en la oferta que se realiza, de formas de invitar y volver a invitar. Inquieta porque la incomodidad nos pone en movimiento. Que el sujeto *se nos resista es señal de que está allí* plantea Meirieu (Frankenstein Educador, 1998). Esto no implica la pasividad del educador, sino la búsqueda de contagiar al otro con el gusto por la cultura, de creer en el valor de lo que proponemos, para que pueda decidirse a ocupar el lugar de sujeto de la educación.

La incomodidad nos provoca a buscar estrategias, ya que en muchas ocasiones nos encontramos con niños, jóvenes y adultos que no sólo han perdido el gusto por aprender sino que no creen que puedan hacerlo. No alcanza con ofrecer el espacio, hay que incitar al otro para que lo ocupe.

En este sentido, no parece una buena estrategia comenzar (siempre) por lo que el otro carece, 'no sabe', sino por lo que hace bien, lo que 'sí' sabe. Estanislao Antelo³ planteaba en una conferencia, que la educación suele suponer al otro como desprovisto y dependiente, para plantear desde allí un punto de partida. Tomar lo que el sujeto sabe para solo quedarnos allí, es negar nuestras pretensiones educativas. Pero, tomarlo como punto de partida es condición indispensable. En este sentido, Rosa María Torres plantea "...un objetivo de la educación no formal debería ser expresamente, ayudar a la gente a descubrir qué sabe. No solo enseñarle, que es el objetivo que siempre nos ponemos" (Torres en Morales, 2009)

Marca 4: La idea de cambio social está siempre presente.

Siguiendo las ideas de Deleuze, en su publicación *Diferencia y Repetición*, podemos decir que algo de la memoria es necesariamente estructural en un proyecto de gestión ética de lo educativo, sea la modalidad educativa que sea. El "cambio" en educación aparece con una fuerte ambigüedad si el cambio implica la fabricación de un mundo ideal nuevo, exento de ambigüedades e incompletudes, lleno de virtudes y totalidades. Si se trata de continuidad o imponer su transformación radical, cualquiera de ellas embarca a la educación en el homicidio del acontecimiento, de la posibilidad de que algo nuevo acontezca

La idea que tengamos de la sociedad, del horizonte hacia que nos gustaría

3 La conferencia se dictó en el marco del *X Congreso Iberoamericano de Extensión Universitaria "José Luis Rebellato"*, bajo el nombre "*Gajes del oficio: pedagogía y formación*".

avanzar, deriva en diferentes modos de entender al Educador Social y sus prácticas. Podemos encontrar al menos dos formas, que en exceso voy a esquematizar aquí con fines explicativos, de plantear esta cuestión:

Hay quienes piensan que la sociedad actual en esencia funciona, pero que tiene algunos desajustes que, entre otros, la educación puede contribuir a subsanar. Aquí la Educación Social aparece como un elemento de equilibrio del sistema, o dicho de otro modo, como un amortiguador de la conflictiva social.

Estamos también los que consideramos que la desigualdad y la injusticia son parte inherente a la forma en que nos hemos dado como sociedad para funcionar. Esto coloca una tensión en nuestras prácticas: queremos que las personas con quienes trabajamos se integren a una sociedad que (pensamos) no funciona y además, que lo hagan críticamente. Por momentos, estas lecturas del mundo (que insisto, están demasiado simplificadas) parecen estar signadas por el sitio en que nos tocó nacer...

Por estas latitudes, la Educación Social se aparece como una profesión comprometida con el cambio social, asociada con el reconocimiento de la injusticia que entrañan nuestras sociedades. Pero la educación se ocupa también de la conservación, de elegir cuáles son aquellas cuestiones que vale la pena recordar, mantener vivas en el legado que dejamos para los que nos suceden.

El compromiso con el cambio y la mejora de nuestra sociedad, no debe confundirse con que queramos que los participantes de nuestras propuestas se embanderen con nuestras ideas y devengan en un instrumento para nuestros objetivos. Nuestro aporte debe ir por generar posibilidades para que el otro se construya a sí mismo, a su modo y para que sume elementos que le permitan entender el mundo en que vivimos y elegir el lugar que quiere ocupar en él.

Lo que es seguro es que quién está comprometido con el cambio, debe estar dispuesto a cambiar. A veces, (marca de identidad 2), quienes llegan a la formación se encuentran demasiado convencidos de lo que deben hacer, cómo

y para qué. Creemos que es un requisito central poner en cuestión lo que creemos en la formación y estar dispuestos a aprender, incorporar otras posibles lecturas y formas de ver lo que sucede en nuestras prácticas educativas.

Sin cerrar, el cierre.

Nos debemos a la construcción de nuevas miradas más abarcativas de la realidad, integradoras, comprensivas que resalten y reconozcan a las personas por encima de las situaciones, que sean capaces de establecer relaciones de cercanía y de escapar a las categorías que sirven para pensar pero que a veces nos encierran.

La construcción de estas miradas es siempre trabajo de varios, por eso no se concibe el trabajo del Educador Social si no es en equipo. El trabajo en equipo debe convertirse en marca de identidad, ya que no es posible llevar adelante la tarea que nos proponemos sin el intercambio, el debate, la reflexión compartida.

Es con otros que podremos quizás desarrollar una mirada comprometida, que sea “pesimista en el análisis y optimista en la acción”⁴. Pesimista para intentar recorrer todas las variables, adelantarnos a los obstáculos, reconocer las dificultades. Y optimista, porque no hay acción educativa que escape a lo incierto, no podemos saber de antemano el resultado final de nuestras acciones y no podemos hacer nada mejor que destinarlas desde nuestro deseo, al mejor de los destinos.

La educación no revierte en si las situaciones de exclusión (fuertemente vinculada a la situación de pobreza material en este caso), pero creemos firmemente que sin educación es imposible avanzar hacia la construcción de

4 *Ettore Gelpi, Pedagogo Italiano. Notas de una Conferencia acerca del “Trabajo educativo con personas adultas”, Huelva, setiembre de 2002.*

una sociedad más justa, igualitaria donde todos tengamos lugar. Una educación que luche por el reconocimiento de la dignidad que entraña el ser humano y que apueste por “ser más” tomando la expresión de Paulo Freire, es condición necesaria para avanzar hacia esa sociedad que soñamos. Hacerlo desde los más desfavorecidos es nuestra opción.

“Hay acciones minúsculas destinadas a un incalculable porvenir”

María Zambrano

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Bauman, Z. (2005). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Bernfeld, S. (2005). *La ética del chocolate. Aplicaciones del psicoanálisis en Educación Social*. Barcelona: GEDISA.
- Freire, P. (1997). *Política y Educación*. México: Siglo XXI.
- García Molina, J. (2003). *Dar (la) palabra. Deseo, don y ética en educación social*. Barcelona: GEDISA.
- García Molina, J., & Sáez Carreras, J. (2006). *Pedagogía Social. Pensar la Educación Social como profesión*. Madrid, España: Alianza.
- Ignacio Lewkowicz, M. C. (2003). *Del Fragmento a la Situación*. Buenos Aires: Altamira.
- Jacques Derrida, A. D. (2008). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Kohan, W. O. (2007). *Infancia, política y pensamiento. Ensayos de filosofía y educación*. Buenos Aires: Del Estante.
- Meirieu, P. (1998). *Frankenstein Educador*. Barcelona: LAERTES.
- Ministerio de Educación y Cultura. (2007). *Anuario Estadístico*. Montevideo.
- Ministerio de Educación y Cultura, D. d. (2006). *Educación no formal: fundamentos para una política educativa*. Montevideo.
- Morales, M. (. (2009). *Aportes para la elaboración de propuestas de políticas*

educativas - Educación No Formal: Una Oportunidad para aprender (Vol. III).
Montevideo: MEC - UNESCO.

Núñez, V. (2003). El vínculo educativo. En H. Tizio, *Reinventar el Vínculo Educativo*. Barcelona: GEDISA.

Núñez, V. (2005). *Participación y Educación Social*. Montevideo: XVI Congreso Mundial de Educación Social.

Núñez, V. (2006). *Pedagogía Social: un lugar para la educación frente a la asignación social de los destinos*. Buenos Aires: Conferencia dictada en el MECyT.

Ranciere, J. (2002). *El maestro ignorante*. Barcelona: Laertes.

Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona: Ariel.

Sennett, R. (2003). *El Respeto, Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdades*. Barcelona: Anagrama.

Sirvent, M. T., Toubes, A., Santos, H., Llosa, S., & C., L. (2006). *Revisión del Concepto de Educación No Formal*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras - UBA.